

de Rivera. A estas alturas es evidente que la longevidad del régimen de Franco, al margen del recurso a la violencia política y de determinadas coyunturas internacionales favorables, debe de explicarse también por la existencia de un nada despreciable consentimiento entre determinados sectores de la sociedad española. ¿Por qué motivos, partiendo de una situación *a priori* más favorable, se erosionó tan rápidamente el consenso del que en algún momento gozó la Dictadura de Primo, en especial entre las clases medias y los sectores católicos? ¿Le faltó a la Dictadura de Primo capacidad represiva o dar otra vuelta de tuerca más a su autoritarismo? Se trata de cuestiones que la historiografía española ha tratado al menos ya parcialmente.

*Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera* es una obra más que recomendable, en la que Alejandro Quiroga intenta y logra una exégesis completa del pensamiento pemartiniano, tomando como fuente los escritos de este, principalmente sus artículos propagandísticos en la prensa oficialista de la Dictadura y la que tal vez sea su obra central: *Los valores históricos en la dictadura española (1928)*. Una de las principales virtudes de la obra está en la capacidad de su autor para explicar con claridad, sencillez y de una forma sintética los, con frecuencia, poco aprehensibles conceptos y categorías de la Historia de las Ideas políticas y filosóficas. Otra aportación meritoria es su habilidad a la hora de enmarcar la doctrina pemartiniana en el contexto más amplio de las corrientes de pensamiento dominantes en la Europa del primer tercio del siglo XX. La buena organización interna del texto, su claridad expositiva y su vocación didáctica, lo hacen accesible para una generalidad de lectores no necesariamente familiarizados con este tipo de temas. No es poco para un ensayo histórico.

Daniel Lanero Táboas

DAMIÁN A. GONZÁLEZ MADRID

***Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945***

Ciudad Real, Almud, 2007, 376 pp.

ISBN: 978-84-934858-3-7

El estudio del personal político franquista empieza a contar con una larga tradición en España. La investigación de María Encarna Nicolás, que vio la luz en los primeros años ochenta, abrió paso a un interés por el estudio del poder local para comprender el franquismo. Esbozó preguntas –y dio respuestas– sobre cuestiones como la naturaleza del personal político, su gestión al frente de las instituciones, la vida cotidiana o la moral de aquellos años. En los noventa vieron la luz trabajos interesantes y sugerentes por diversos motivos. Pudo ser el caso de las imprescindibles investigaciones de Conxita Mir sobre la vida cotidiana y la represión en la Cataluña de posguerra. También la de Glicerio Sánchez Recio sobre el personal político intermedio. Y también las investigaciones de Antonio Cazorla, en los que hablaba de una «vuelta a la Historia» y del caciquismo a la España de posguerra.

Las obras citadas, entre otras, despertaron el interés de algunos jóvenes –y no tan jóvenes– historiadores por el poder local y el estudio del personal político (Sanz Hoya, Sánchez Brun, Cenarro Lagunas, Ortiz Heras, Rodríguez Barreira, Cobo Romero, Ortega López, Rivero Noval o Del Arco Blanco, entre otros). En definitiva, en el corazón de las nuevas investigaciones se escondía la pregunta de cuál era la naturaleza del franquismo, para lo que es clave el carácter de sus apoyos sociales, más que las características de su gestión política. Es en este contexto donde se enmarca el destacado trabajo de Damián A. González Madrid.

¿Ruptura o continuidad en el personal político franquista? ¿Hubo renovación en los apoyos sociales del «Nuevo Estado» respecto a épocas anteriores? González Madrid coloca su trabajo junto a aquellos que afirman la llegada de unos nuevos hombres a las instituciones del Régimen

franquista. No obstante, cuida hacerlo de forma rotunda: a lo largo de las más de 350 páginas de su trabajo advierte en todo momento sobre la presencia de elementos conservadores y tradicionales del personal político conviviendo con el personal inédito.

*Los hombres de la dictadura* goza, a nuestro entender, de dos virtudes respecto a estudios anteriores. En primer lugar, analiza todas las esferas del poder institucional franquista de la región analizada: Gobernadores Civiles, Diputaciones, Ayuntamientos capitalinos y provinciales, e incluso procuradores en Cortes. La segunda virtud del trabajo radica en su espacio, la región de Castilla-La Mancha. Esta mitad de Castilla, junto a la Castilla y León, representan una de las piezas claves para explicar la España de entreguerras; como algunas investigaciones han puesto de manifiesto, el mundo rural y los pequeños propietarios fueron claves en la destrucción de la democracia en España y el surgimiento y apuntalamiento del régimen franquista. Y de pequeños propietarios y campesinos estaban repletas las dos Castillas, por lo que la obra de González-Madrid calza todavía más importancia. Estos dos factores, entrecruzados con el rigor y la apabullante labor archivística desarrollada por el autor, (evidenciada en las bases de datos de los hombres del régimen incluidas en el CD-ROM que acompaña a la publicación) convierten su obra en un estudio sólido e imprescindible sobre el personal político franquista.

Tras la pertinente introducción, el joven historiador cincela el marco legislativo para el nombramiento del personal político franquista (cap. 2). Encontramos aquí un elemento imprescindible del que muchos estudios carecen. Pasa después al estudio del origen político y profesional de gobernadores civiles y jefes provinciales del movimiento (cap. 3). A grandes rasgos, señala aquí la discontinuidad del personal político, así como la heterogeneidad que también han resaltado algunos estudios. No obstante matiza que, al menos en estos puestos de tanta responsabilidad, el franquis-

mo reclutará a hombres como una posición más acomodada y, en la mayoría de los casos, estudios superiores: médicos, abogados, altos funcionarios... Esta tendencia también se repetiría en los Diputaciones provinciales, tanto en sus presidentes como en sus gestores (cap. 4): los gobernadores civiles se decantarían aquí por un personal nuevo, principalmente proveniente de la burguesía profesional de las ciudades, aunque el elemento agrario no dejó tampoco de estar presente. En los presidentes de dicha institución, pieza clave en su funcionamiento, también encuentra González Madrid a un personal novel, de cierta juventud y sin experiencia política. Pero como demuestra al analizar las cinco provincias manchegas, en cada lugar y momento el franquismo hizo gala de una cierta flexibilidad, integrando en el poder a personas vinculadas a familias tradicionales vinculadas al sector primario, o a una burguesía profesional sin antecedentes caciquiles. La flexibilidad de los apoyos sociales del franquismo, siempre dentro de aquellos que ganaron la guerra, evidencia las dotes del Régimen para apuntalarse y sobrevivir a pesar de los duros años cuarenta.

Tendencias similares encuentra el autor al analizar los ayuntamientos de las cinco capitales de la región (cap. 5). Pero en este punto Damián González realza una característica también presente en los capítulos anteriores: la actuación de muchos alcaldes y gestores durante la guerra civil selló su fidelidad con el régimen, convirtiéndose en un elemento aglutinador de la heterogeneidad política y social de muchos de ellos en torno al «Nuevo Estado» («pacto de sangre»). El caso más emblemático sería, por ejemplo, el del ayuntamiento de Toledo, cuyas sillas serían ocupadas por antiguos defensores del Alcázar. En éste y otros ejemplos se evidencia otra vez la llegada de una nueva generación marcada por la experiencia de la Guerra Civil, joven, sin experiencia, fiel hasta las entrañas al régimen comandado por Francisco Franco. Falange Española Tradicionalista de la JONS sería la principal cantera para la recluta de los nuevos

hombres. Pero compartirían el poder en muchos casos con estirpes políticas tradicionales. Convivirían administrando la victoria, unidos por una concepción de la guerra civil como cruzada, pero también por el interés económico: el negocio de la madera en Cuenca es buena prueba de ello.

El personal de los ayuntamientos de la provincia seguiría la estela marcada en las páginas anteriores (cap. 6). Bien es cierto que en este momento el régimen elegiría a un personal de menor preparación y clase social. En los campos manchegos, corazón del franquismo, era la hora de los pequeños propietarios católicos. Ahora bien, ¿cuál fue la importancia real de los ayuntamientos en la vida de postguerra? Tanto para los consistorios capitalinos como los de la provincia, González Madrid parece adherirse a las tesis que sostienen que esta esfera del poder local estuvo subordinada al poder del gobernador civil y del propio ministro de Gobernación. Fue así, sin duda, por su nombramiento. Pero su papel en la regulación de la vida económica, alimenticia y social de la España autárquica era clave, como en alguna ocasión reconoce el propio autor (p. 191). El funcionamiento de las cartillas de racionamiento, la repartición de cupos a entregar al Servicio Nacional del Trigo o el control del mercado negro marcaría una clara línea entre vencedores y vencidos. El nombramiento de uno u otro alcalde, fuese de una u otra «familia política», acabaría importando relativamente poco a aquellos que tenían la hogaza de pan más lejos de sus manos: el resultado de las políticas de la victoria sería similar.

Merecen ser rescatadas, por su novedad, las páginas dedicadas al estudio de los procuradores en Cortes de la primera legislatura (cap. 8). El autor emplea este ámbito para determinar el peso real de las provincias manchegas en Madrid: los representantes de la región no conseguirían realizar una carrera política más allá de ocupar un asiento de las titeres Cortes franquistas.

Otro aspecto interesante es la inestabilidad

del poder local del franquismo (cap. 7). Acierta el autor al apuntar al gobernador civil como principal artífice de los ceses y nombramientos. Y también lo hace al ofrecer una baraja de los motivos que llevarían a los ceses. No obstante, pese a los innumerables ceses por inacción, corrupción, disidencias, etcétera, el régimen siempre consiguió regenerarse, reclutando a nuevos hombres para su proyecto político.

En definitiva, la obra de Damián A. González Madrid centra aún más el controvertido tema del personal político. Vuelve a poner de manifiesto la heterogeneidad, complejidad y flexibilidad del poder local franquista. Heterogéneos orígenes políticos y sociales, pero más cercanos siempre a la ruptura frente a lo anterior que a la continuidad frente a periodos precedentes. De hecho, el autor termina señalando los puntos de conexión del franquismo con la Dictadura de Primo de Rivera: una época que, como recientes investigaciones evidencian, también fue más rupturista y moderna de lo que tradicionalmente parece haberse sostenido. No obstante, González Madrid parece restar importancia a las repercusiones de los poderes locales en el curso del franquismo, señalando que fueron «meras gestorías»; algunos estudios parecen resaltar que fueron un pilar clave del régimen, procurando el contacto primero de la sociedad con las instituciones. Quizá este aspecto señale el camino a seguir en investigaciones futuras: cuando comienza a ser aceptada la ruptura, con mayor o menor intensidad, que supuso el franquismo respecto a lo anterior, quizá ha llegado el momento de empezar a preguntarnos qué procuró el franquismo a las heterogéneas clases sociales que lo sustentaron para explicar su supervivencia. Desde luego, estudios tan serios como el de González Madrid ofrecen una foto nítida de quiénes eran los franquistas. Quizá falta profundizar en cómo defendían los intereses de los heterogéneos grupos sociales y políticos a los que representaban una vez que la foto era tomada.

*Miguel Ángel del Arco Blanco*